

ACTAS DE LAS PRIMERAS JORNADAS SOBRE

Cómic,
Comic, Comunicación y Cultura

Comunicación
Comic, Comunicación y Cultura

y Cultura
Comic, Comunicación y Cultura

EL CÓMIC EN EL NUEVO MILENIO



Cómic, cultura y propaganda:
los TBO que yo leí y propaganda:
los TBO que yo leí

JUAN REY

Preámbulo a modo de justificación

El texto que sigue es una reflexión a la que, por motivos que ahora expondré, me vi obligado en la primavera del año 2001. Los organizadores de las primeras *Jornadas de cómic, comunicación y cultura (El cómic en el nuevo milenio)* me pidieron que interviniese como conferenciante. Les respondí que no sabía nada de cómic y que mi relación con el cómic había sido sólo de usuario, de lector, de devorador. A partir de aquí iniciamos una amena y enjundiosa charla sobre las lecturas de mi infancia, mi adolescencia y mi juventud. Tan interesante les resultó que me rogaron que interviniese. Me seguí negando. Sin embargo, días antes de la jornada, acudieron de nuevo a mí rogándome que participase. El motivo no era otro que, para expresarlo en términos taurinos, la caída del cartel por razones de enfermedad de nuestro compañero Diego Coronado. Sólo entonces accedí a sus peticiones y, a marcha forzada, elaboré el texto que sigue y que reproduzco literalmente. A pesar de las prisas, quiero agradecer a los organizadores que me hayan obligado a pensar en una actividad y en una época de mi vida sobre la que jamás volví y que, ahora, cuando escribo este preámbulo, observo desde otra perspectiva, nostálgica pero crítica, añorada pero censurada. Si no llega a ser por la presión y el interés de los promotores de las Jornadas, jamás hubiera reflexionado sobre los TBOs que devoré, sobre el veneno que escondían sus páginas ni sobre la felicidad que obtuve leyendo unas historias que, si hoy me parecen horrendas (gráficamente) y letales (ideológicamente), en su día me resultaron asombrosas y fascinantes. *O tempo, o mores!*

El texto

Antes de iniciar mi actuación quiero tener un recuerdo para nuestro compañero y amigo Diego Coronado. En cierto modo, él es el origen de este encuentro. Unas veces, animando a los alumnos a investigar sobre el cómic y, otras, dirigiendo tesis sobre este fenómeno tan poco dado a las rigideces académicas, ha logrado indirectamente que hoy en nuestra facultad se celebre estas primeras Jornadas sobre esas tiras de dibujos que hacen las delicias de niños y adultos.

Sin embargo una fatal enfermedad le impide estar hoy con nosotros. Este tiempo que estoy ocupando era suyo. Justo en este momento él tendría que estar exponiendo *En torno a la reescritura del cómic* y luego vendría yo, como Secretario del Departamento de Comunicación, a clausurar la jornada. Pero a veces la vida se tuerce de una manera inesperada e inconcebible. Y eso es lo que acaba de suceder, lo que está sucediendo en estos mismos instantes: Que la vida está tomando un derrotero imprevisto, no deseado, inimaginable. Vaya, pues, para él mi recuerdo (nuestro recuerdo) y mi deseo (nuestro deseo) de una pronta recuperación.

Concluida la primera parte del discurso, la de los agradecimientos, felicitaciones y recuerdos, pasemos al meollo de la cuestión: ¿De qué voy a hablar? A estas alturas del seminario, ¿qué os puede aportar sobre el *cómic* un carroza como yo? ¿Se dice *carroza*? No quiero adelantarme a los acontecimientos pero *carroza* será una palabra que luego emplearé y no precisamente con el significado de vejistorio, carcarnal o apergaminado que este caso le asiste, sino con el significado contrario. Bueno, pero no adelantemos acontecimientos.

Como venía diciendo ¿qué os puedo aportar sobre el *cómic*? Nada. Sobre el *cómic* no os puedo aportar absolutamente nada. Sobre todo porque hubo un tiempo dorado en el que yo no leía *cómic*s. En ese tiempo que se pierde en la lejanía del recuerdo yo leía *tbos*. Y de eso os voy a hablar: *De los tbos que yo leí*. Éste es el título de mi exposición. Aunque para ser más exactos los *tbos* no se leen, se ven. O al menos yo, en ese tiempo brumoso y lejano en el que era un feliz analfabeto, no leía esas historias fantásticas, porque no sabía leer todavía; quizás tampoco las veía, y no porque no tuviera ojos; sino que las devoraba, porque yo, de pequeño, era un pequeño devorador de *tbos*.

La lectura del *tbo* iba unido a toda una liturgia, a toda una parafernalia sin la cual resultaba imposible zambullirse en aquellas hojas de tacto áspero y color indefinible y aparecer luego en un mundo de héroes invencibles, princesas bellísimas, dragones furibundos y países de nombres exóticos. Para leer un *tebo* había que reunir dos características: Afán de

soledad y voluntad de abstracción. No vayan a creer que en aquella época yo pensaba que para leer un TBO fuese indispensable afán de soledad y voluntad de abstracción. Si lo hubiese dicho o pensado, no hubiera sido un niño inocente, un adolescente feliz, ni siquiera un devorador de TBOs, hubiera sido un monstruo, pequeño y bajito, pero monstruo.

Esto del afán y la voluntad lo pienso ahora, en la distancia, muchos años después. Porque me veo leyendo, durante la siesta, a la sombra de un ciruelo que había en el patio de mi casa, o una tarde de invierno junto a una ventana por la que entraba la última luz del crepúsculo, o en el desván polvoriento y silencioso de mi casa una mañana de otoño, antes de comenzar la escuela. Porque me veo leyendo en una casa llena de mujeres enlutadas y hombres exhaustos de tanto trabajar donde la felicidad era una palabra inexistente. Me veo en esa tesitura y pienso (ahora, claro) cómo era posible que me aislara de los gritos de mi madre, que, como todas las madres, me ordenaba comer a gritos, me acariciaba a gritos y, por supuesto, me reñía a gritos; cómo era posible que me aislara del tumulto de las muchachas que cantaban por Concha Piquer o Antonio Molina mientras hacían las camas, pelaban patatas o barrían la puerta; cómo era posible que me aislara del trajín y del tumulto que nacían del negocio del que nos sustentábamos en casa; cómo era posible que me aislara del incesante irivenir de las vecinas, de las visitas a deshoras, de la llegada de un pariente lejano o del médico de cabecera.

Si pienso ahora cómo era posible que me aislara de tanto alboroto, bulla y algarabía, creo que tal capacidad de concentración se debía al afán de soledad y a la voluntad de abstracción que subyace en toda lectura. La lectura es una actividad solitaria. Y todo devorador, ya sea de TBOs, ya sea de libros, cuando aborda la lectura va pertrechado naturalmente de dos grandes armas: afán de soledad y voluntad de abstracción. Es decir, todo lector desea quedarse solo para zambullirse en esa historia de papel que se trae entre manos. Todo lector desea aislarse del ruido circundante para lanzarse a esa piscina de papel. Todo lector desea superar la cotidianidad para soñar, para vivir otras vidas, para sufrir o amar o penar o cantar todo aquello que la vida le niega y que curiosamente encuentra en forma de papel. Y eso era lo que yo sentía cuando leía TBOs. Que la vida era más ancha, más rica, más exitosa, más arriesgada, más triunfal, más penosa, más frágil, más venturosa, más triste, porque esas otras vidas que yo vivía eran las vidas de mis personajes de los TBOs.

Pero ¿qué TBOs leí yo? Sus nombres pueden parecer vulgares, tristes, lejanos, sin sentido, incluso fascistas, pero para mí siempre serán los nombres de una etapa de mi vida, de aquella etapa en la que la lectura no era

un acto mecánico de reconocimientos de signos abstractos para acceder luego a enrevesados conceptos, sino la contemplación, el deleite y el goce total de una imagen y un breve texto. ¿Qué TBOs leí yo? Cada persona es fruto de su tiempo. Y si hago un recorrido por mis lecturas de TBOs creo que se puede poner (casi) en pie una parte mínima de la historia reciente de España, porque no se puede olvidar que cada época tienes sus mitos, sus tópicos y sus fantasmas, y éstos evidentemente se reflejan también en los TBOs, y digo *también* por no decir *por supuesto*, porque el TBO es una efficacísima arma de propaganda. Luego hablaremos de propaganda.

Parafraseando a Ortega y Gasset, puede decirse “Yo soy yo y mis TBOs”. Es cierto, cada hombre es fruto de su época y de sus lecturas, pero hay lecturas y lecturas. No es lo mismo leer un TBO con ocho años, de manera inocente, no sabiendo nada de la vida, con el corazón abierto y la mente todavía virgen, que leer un libro con veintitantos años, voluntariamente, intencionadamente, y sabiendo ya algo de cómo se las gasta la vida. Son lecturas distintas y ambas influyen en la vida, aunque cada una modela el corazón de una forma distinta, cada una potencia unos valores y silencia otros. Por eso puede decirse: “Yo soy yo y mis lecturas”.

En fin, ¿qué TBOs leí yo? O dicho de otro modo: ¿cuál es la época que reflejan los TBOs que yo leí? Leí TBOs en la adolescencia y *cómics* en la juventud. Es decir, en pleno franquismo y en plena transición democrática. Cada época tiene sus TBOs, y cada TBO, como ya dije, tiene su ideología. Ideología que entonces ignoraba y que, ahora que me pongo a reflexionar sobre estas primeras lecturas, me percató de lo peligrosos que eran aquellos inocentes TBO, de lo perjudiciales que eran aquellas simples historias, de los letales que eran aquellas aventuras encantadoras. Menos mal que, como otros muchos españolitos, salí indemne de tanta intoxicación.

El TBO que con más cariño recuerdo es *El Jabato*. ¿Quién era El Jabato, os estaréis preguntado? Era evidentemente un héroe, un guerrillero audaz, un luchador impenitente. El Jabato era un héroe y, como tal, su imagen resultaba ser la de un sujeto agraciado tanto física como mentalmente. Desde el punto de vista corporal, era fuerte, ágil, esbelto y hasta algo bello, pero de una belleza viril, evidentemente. En esa época no había lugar para la ambigüedad. Los hombres eran hombres y las mujeres, mujeres. Parece una de las frases obvias del señor Aznar, pero no es así, ya que esta zafia obviedad esconde toda una concepción del mundo, una concepción maniquea y simplista: hombres y mujeres, buenos y malos. En ese mundo no había lugar para la tibieza ni para las sutilezas. Desde el punto de vista mental, El Jabato era valeroso, inteligente y astuto, aunque también era educado y tierno cuando las circunstancias lo exigían. Es de-

cir: Era todo un caballero, todo un héroe. Que para eso son héroes: para reunir en sí todos los dones, todos los sueños de sus admiradores, todas sus frustraciones.

Era El Jabato un adalid dispuesto siempre a combatir el mal. Pero qué era el mal, me pregunto ahora. Entonces no me lo preguntaba porque el mal estaba claro: El mal eran los malos. Así de simple. Los malos eran los malos y santaspascuas.

Como todo héroe, El Jabato siempre marchaba acompañado de dos amigos: Taurus y Fideo, el día y la noche, la fuerza bruta y la gracia ingenua. Taurus, con su traje de rayas horizontales y su rostro de gañán enfadado, era robusto, enorme, grande, era una mole a cuyo paso la tierra temblaba, aunque mentalmente algo corto. También temblaban a su paso los taberneros y los tenderos. Habréis adivinado la razón: Su apetito era insaciable. Fideo, en cambio, con su lira y su ajada corona del laurel, era un tipo enclencucho y saltarín, siempre corriendo de acá para allá, siempre diciendo tonterías y siempre sonsacando al tontorrón de Taurus, que, cuando se enojaba, lo perseguía enloquecido y no cesaba en su empeño hasta que el músico encontraba refugio detrás de El Jabato. Y el amor. El Jabato también tenía su corazoncito, que tiernamente dedicaba a Claudia, una dama hermosa y delicada, compuesta según los más estrictos patrones de la época.

Quizás haya puesto demasiada emoción en la descripción de este héroe y de su tropa. Pero no le prestéis demasiada atención. La causa se debe al paso de los años, a la nostalgia. Aún sois jóvenes y el tiempo no es para vosotros problema. Pero llegará un día, como dijo el poeta sevillano Luis Cernuda, en el que el tiempo os alcanzará como una espada flamígera y os expulsará del paraíso. El tiempo me arrojó de mi inocencia infantil, pero ahora que lo pienso las historias con las que alimentaba mi ingenuidad no eran en absoluto inocentes, sino perversas y letales, como ahora os contaré. Eso sí, eran historias maquilladas de bondad y trufadas de candidez. Historias envenenadas, para decirlo en dos palabras. Pero historias, al fin y al cabo. Y el hombre vive de historias, de cuentos, de sueños, de...

Volvamos a El Jabato. Sus aventuras tenían como fondo la Roma imperial. El Jabato era un ibero aguerrido y valeroso, intrépido e infatigable. Observad: era un ibero, es decir, un español de rancia estirpe, un español antiguo, un español auténtico, un español no mancillado por ideas ajenas, no contaminado por agentes internacionales. Estas reflexiones me la hago ahora en voz alta (Bueno, me las hacía días atrás frente al ordenador), porque cuando era feliz no sabía nada de ideologías, aunque diariamente devoraba mi ración de ideología franquista. Y esta palabra (*franquista*) es

la clave que explica cuanto vengo diciendo acerca de las historias trufadas. O en otros términos: acerca de la propaganda. Vayamos por parte.

¿En qué años leía yo esos pérfidos TBOS? Justo al final de los años 50. Franco gobernaba con mano de hierro España, un país pobre y aislado, un país destrozado y demediado por una guerra. En este país asolado por la miseria moral y cultural, en este país gobernado por cientos de *Torrentes* casposos y cutres hacía falta una ideología fuerte que aniquilase cualquier huella de las innovaciones introducidas por la República. Había que borrar la España liberal, democrática, culta y abierta a Europa con que soñaron los republicanos. Y esa España sólo se podía eliminar con la otra media España: la España de cuarteles y sacristías, de toreros y cantaores, de analfabetos y pistolones. En esa época leía yo *El Jabato*. Es evidente que para las autoridades también había buenos y malos. Pero yo era un niño que leía TBOS.

¿Quién era, pues, *El Jabato*? En la adolescencia, era mi héroe indiscutible. Ahora, en la distancia, es un genuino representante de la España vencedora, triunfalista y aniquiladora, un espécimen prototípico de una España que hoy detesto y que, en mis TBOS se llamaba Hispania. Mayor parecido, imposible. No Iberia, sino Hispania. Luego, con los años y los libros descubrí que en tiempos de Roma no existía España, que la invención de España es muy posterior. ¡Qué sabía el franquismo de historia! Luego, con los años y los libros, descubrí quiénes eran los malos, quiénes los buenos, qué era el mal, qué el bien. Misteriosamente, todo va encajando.

Hurgo en mi pasado y me percato de que todas las cuestiones se van resolviendo. Es como si me hubiese asomado a una ventana a través de la cual se observara un paisaje. En ese paisaje, como en una escena de cine, me veo de niño, a la sombra de un árbol, leyendo inocentemente un TBO. Yo, arrebatado por la nostalgia, me veo como un niño feliz, absorto en las aventuras de mi héroe predilecto. Pero de pronto, dejo de ser un sujeto no pensante y me convierto en un profesor de comunicación y, horrorizado, me doy cuenta de que ese niño, inocente, distraído, sentado en el prado, está siendo manipulado por unas historias toscas, por unos personajes simplistas, por unas aventuras ramplonas y reiterativas.

¿Quién tiene razón mi yo nostálgico o mi yo profesional? Ahora mismo no os lo podría decir. Sé que fui feliz leyendo TBOS y, ahora, también sé que aquellos TBOS era pura propaganda, pura propaganda franquista. Felizmente los libros, los muchos libros que luego leí me sirvieron de antídoto. Como a otros muchos españoles. Aquellas historias, lejanas y atractivas, aquellas historias, sugerente y aparentemente inocuas, resultaban ser un arma letal en la mente de los niños. Con aquellas historias, simples

y directas, se les iba acostumbrando, desde pequeñitos, a una ideología, a unos conceptos, a unos argumentos, a unas actitudes y a unos hábitos que precisamente no eran inocentes sino calculados para hacer de ellos unas personas con una ideología, una actitud y unos hábitos determinados. Dicho de una manera coloquial, los TBOS de mi infancia eran “una puñalada traperera”. Es decir, te ofrecían aventuras intrépidas, pero tras su fachada de batallas, fugas y mandobles se escondía un vulgar y simple lavado de cerebro, para seguir con los coloquialismos. Y esto es pura propaganda, propaganda en estado puro.

Junto a El Jabato había otros héroes nacionales: *El Capitán Trueno* y *El Guerro del Antifaz*. *El Capitán Trueno* era un trasunto de *El Jabato* (o viceversa)¹. En aquellos años, los niños éramos apasionados lectores y defensores de El Jabato o de El Capitán Trueno. Al que le gustaba uno, le desagradaba el otro. Era como si fuesen incompatibles. Recuerdo esta bipolarización con extrañeza y, aun hoy, cuando hablo con algún viejo amigo de la infancia, seguimos opinando que era así, que había defensores irreductibles de uno y detractores irredentos de otro. No sabemos por qué razón. Si bien esta incompatibilidad se debía a que eran casi idénticos. Su organización era similar: Un héroe con todos su dones y virtudes (*El Capitán Trueno*) y dos acompañantes: Goliat (tan tosco, rudo y forzado como *Taurus*) y Crispín (tan metomentodo y canijucho como *Fideo*). También *El Capitán Trueno* tenía un amor: Sigfrid, princesa de rubia cabellera oriunda de la lejanísima isla de Tules.

El Capitán Trueno era, si cabe, más español todavía, más carpetovetónico, más rancio, más casposo, más torrentesco podríamos decir, ahora que Santiago Segura, sarcásticamente ha sacado a relucir lo más grotesco y negro del prototípico españolito de a pie. Si *El Jabato* vivía en tiempos de la Roma imperial y, en sus aventuras, recorría todo el Mediterráneo, *El Capitán Trueno* vivía y luchaba en España, su grito de guerra era “Santiago y cierra España”, y sus enemigos, ya lo habrán adivinado, eran los moros. (Me gusta usar esta palabra para designar a los habitantes del norte de África. Frente a la corrección política, que no es sino una refinada forma de hipocresía, prefiero el vocablo *moro*, que etimológicamente procede de *maurus*, término que en latín designaba a los indígenas que habitaban en la provincia de Mauritania Tingitania -hoy

¹ Durante el coloquio que siguió a mi intervención, uno de los expertos en cómic, presente en mi conferencia, me informó de que, visto el éxito de *El Jabato*, la casa editorial decidió repetir la idea y lanzó al mercado *El Capitán Trueno*, publicación que repetía los esquemas de su modelo, aunque era de inferior calidad, tanto gráfica como narrativa.

Mauritania y Marruecos-, y de donde deriva también el nombre Mauricio).

Las historias de *El Guerrero del Antifaz* también se desarrollaban en la España medieval, frente a los árabes, en plena guerra entre los reinos cristianos del norte y los andalusíes del sur. Sólo tenía un acompañante, Fernando. Para mí, sus aventuras se hallaban a medio camino entre *El Jabato* y *El Capitán Trueno*.

En mis TBOS infantiles había otra pareja: *Roberto Alcázar y Pedrín*, pero no me gustaban. Me resultaban repelentes, chocantes. Se trataba de un detective y su ayudante. Pero no sé por qué no me atraían sus historias, quizás porque me resultaban más emocionantes la Roma imperial o la España del medioevo que las ciudades modernas en las que estos sabuesos llevaban a cabo sus pesquisas, quizás porque me atraían más las corazas de los soldados romanos y los turbantes de los guerreros musulmanes que los trajes y jerséis de estos policías. No sé la razón, pero lo cierto es que nunca me sentí atraído por esta pareja. Eso no quiere decir que no leyera sus historias. Cuando las aventuras de *El Jabato* se habían agotado, echaba mano de cualquier cosa. La cuestión era leer, aislarse, abstraerse.

Ahora, en la distancia, me percató de algunos detalles de los que entonces no me di cuenta, evidentemente porque entonces era un niño feliz y no un profesor de comunicación. La estética de Roberto Alcázar era claramente joseantoniana. Es decir, de José Antonio Primo de Ribera, el líder de la Falange Española, el partido fascista español. El corte de pelo, el peinado, el perfil, la postura, todo estaba copiado del líder falangista, mártir nacionalista de la Guerra Civil e icono inevitable de nuestras escuelas infantiles. Pero no sólo era el parecido formal. Su apellido, "Alcázar", remitía al alcázar de Toledo, lugar de choque entre las tropas republicanas y nacionalistas, y emblema de la parafernalia franquista². Y yo sin saberlo. Todo lo que leía era propaganda en estado puro.

También había otros TBOS por cuyos títulos os podéis dar cuenta de cómo se nos manipulaba, de cómo se nos envenenaba: *El Defensor de la Cruz, El Paladín Audaz, El Capitán Látigo, El Libertador, Balín, El Puma, Hazañas Bélicas...* Pero esta propaganda de la que hablo es sólo la del mundo masculino. Las niñas, futuras mujercitas, leían otras cosas. Y ay del que osara leer TBOS para niñas. Y ay de la que osara leer TBOS para

² El mismo experto me indicó que esta identificación es una falacia inventada por Román Gubern y sus seguidores y que este parecido (estético y nominal) es pura casualidad, que en un caso se debe a los gustos de la época y en otro al apellido de un conocido o pariente del dibujante. No he leído los textos de Román Gubern al respecto, pero sigo pensando, igual que antes de mi intervención, que esa similitud (estética y nominal) no es fortuita sino intencionada.

niños. El mundo estaba dividido en dos bloques irreconciliables y antagonicos: buenos frente a malos y hombres frente a mujeres. Y si a los chicos se nos educaba para ser héroes, fuertes, aguerridos, insensibles, a las chicas se las educaba para ser madres o esposas, débiles, sumisas y sensibles. Nosotros no podíamos llorar y ellas se tenían que deshacer en lágrimas por cualquier nimiedad.

¿Qué TBOs leían mis hermanas y sus amigas? Lo mismo que los chicos, pero en versión femenina. Unas historias estaban ambientadas en el pasado y otras en el presente. Y todas igualmente propagandísticas. Aquéllas eran relatos de príncipes azules y princesas glamurosas, de castillos encantados, fuentes cristalinas y carrozas de nácar que se deslizaban por prados siempre verdes y fragantes y en cuyo interior, evidentemente, el príncipe y la princesa viajaban en amorosísima compañía. Eran relatos de chicas jóvenes (muchachas, como entonces se decía), devotas, trabajadoras, abnegadas y algo simplonas. Títulos como *Azucena*, *Alicia*, *Sentimental* o *Un chica* dañan idea de cómo se les inculcaba a ellas el ambiente de la posguerra, de cómo se las formaba para ser castas novias, esposas sumidas y madres abnegadas. Menos mal que luego vino la revolución feminista y todo eso se fue al garete.

Sin embargo entre el mundo de los chicos y el de las chicas había una franja común. Eran los TBOs de humor. Eran también historias con moralina final, pero en ellos resultaba más importante la risa, el sarcasmo o la parodia que la propagación de las buenas costumbres. En la distancia recuerdo títulos como *Pumby*, *Pulgarcito*, *Tío Vivo*, *La Risa* o *TBO*, publicación de misteriosas letras rojas que, por extensión, dieron nombre a todo un tipo de publicaciones que luego fenecieron a manos del cómic. Así como entre los TBOs de aventura el que más me gustaba era *El Jabato*, entre los de humor el que más me atraía era *Pulgarcito* con sus inolvidables personajes, muchos de los cuales han pasado a formar parte del acervo nacional. ¿Quién no recuerda a Mortadelo y Filemón? ¿Quién puede olvidarse de los chapuceros Pepe Gotera y Otilio, antecedente del televisivo *Manos a la obra*? Personajes como los traviosos gemelos Zipi y Zape, las roñosas y desagradables solteras hermanas Gilda, El Profesor Chiflado, la repugnante Doña Urraca, el siempre hambriento Carpanta, El Reportero Tribulete, personaje que muy bien pudiera haber estudiado en esta casa, o el Botones Sacarino, ahora llevado a la televisión, son personajes que hicieron las delicias de mi adolescencia. ¿Qué locura era la que habitaba en la *13 Rue del Percebe*? ¿Quiénes eran sus locos inquilinos? Cada semana ofrecía una historia distinta y cada semana eran los mismos personajes. Era una casa de cristal. Le faltaba la cuarta pared, dicho en expresión

teatral. Y gracias a esta ausencia, a ese cristal, cada entrega disfrutaba de aventuras extravagantes con unos personajes que, a fuerza de repetición, había hecho míos.

De entre todos ellos destacaba un personaje y una sección. Rompetechos era el personaje. "Los inventos del TBO" era la sección. Rompetechos era un viejo cegato e imprudente. Era una especie de versión posmoderna de Don Quijote. Era un tipo audaz e impertinente. Confundía una farola con un guardia de tráfico o una mesa con una vaca. Le daba igual. Se quejaba a la farola-guardia de los atropellos a los que los empujones que le daba mesa-vaca que había encontrado en la puerta de la oficina a la que a su vez había confundido con la caseta del guarda del parque. Todo lo confundía. Todo lo mezclaba. La realidad no era la realidad sino lo que sus cegatos ojos imaginaban. De ahí, los continuos chascos, los sucesivos tropiezos, la incesante risa.

"Los inventos del TBO" era una sección misteriosa, atractiva, seductora. Era como si el genio de Leonardo da Vinci se hubiese dedicado a instruir a los niños con sus inventos, mecanismos, artilugios... Eran inventos que no conducían a nada, salvo a despertar la imaginación de los lectores. Hace dos o tres años, vi un spot cuyo creativo tuvo que ser, como yo, un ferviente admirador de esta sección. Era el anuncio de unas pastillas para aliviar la tos. El sujeto del anuncio televisivo, tumbado en la cama, accionaba con el pie una palanca, que a su vez liberaba una pastilla de un estuche transparente. La pastilla, rodando por un canalón inclinado, caía en el plato de una balanza que, al inclinarse, afectaba a una rueda dentada, que a su vez incidía en una polea, que a su vez actuaba sobre un mecanismo parabólico, que a su vez dejaba caer la pastilla en una regala, que a su vez la conducía hacia un agujero, que a su vez la engullía y la dejaba caer exactamente en la boca del sujeto del spot que permanecía tendido en la cama bocarriba y con la boca abierta. Este anuncio es la puesta en escena de uno de aquellos maravillosos e impracticables inventos que aparecieron en esta perturbadora y atractiva sección.

Pasaron los años, dejé de leer TBOs y me fui a la universidad. Yo había cambiado. Y el país también. Sin embargo cual no sería mi sorpresa cuando, ya en plenos estudios universitarios, descubrí que todavía había TBOs. Para mí eran un asunto de la infancia y de la adolescencia. Pero no, allí, entre los manuales y los tratados sesudos había TBOs. Con sus recuadros y sus bocadillos. Sus personajes trazados a vuela pluma y su texto esquemático. Todo era igual y nada era igual. Yo ya no era el chaval que devoraba TBOs, el viejo dictador yacía moribundo en un hospital de Madrid y aquellos TBOs ya no hablaban de héroes iberos ni de adalides medievales,

régimen con sus vicios y sus defectos, los aspirantes a gobernadores de la nueva España, los cantantes del tardofranquismo y los rockeros más vanguardistas. Nadie se libraba de las sátiras de *El Jueves*. Ni de las de su sucesor: *El Pápus*³, que fue degenerando, degenerando hasta que, veinte años después, se convirtió en una pálida sombra, en un espectro de lo que fueron las gloriosas revistas satíricas de la transición democrática.

Al hablar de este período de mi vida lleno de lecturas frenéticas, arrebatadoras, apasionadas, como la época a la que me estoy refiriendo, no puedo olvidarme de *Mafalda* y *El Víbora*. Aparentemente no tienen nada que ver, pero para mí sí tienen mucho en común, pues ambos cómic son marginales, o miran la realidad cotidiana desde otra perspectiva. *Mafalda* y sus amigos cuestionan incesantemente el orden instituido. Las preguntas de la propia *Mafalda*, las dudas de Felipe o las indecisiones de Miguelito no hacen sino poner en solfa el mundo ordenado, reglamentado y limitado de la pequeña clase media cuyo exponente máximo son los padres de *Mafalda*. También *El Víbora* cuestiona el orden establecido. Sus viñetas repletas de pezones, glándes, glúteos, penes, pechos y culos eran una forma de gritar contra la hipocresía, contra el clericalismo, contra la ñoñería, contra el conservadurismo, contra el aire asfixiante que todavía flotaba sobre el país. Era otra forma distinta de actuar. Más marginal que *Mafalda*. Pero cuestionándolo todo, como ella. El único inconveniente que tenía *El Víbora* era que, a la hora de leerlo, no se sabía con qué mano pasar la página. Por lo demás, era un cómic entretenido.

Era ésta una época en la que había que tirarlo todo por la borda, todo lo relacionado con el antiguo régimen, con sus emblemas y sus símbolos, con sus TBOS de soldados medievales y guerreros ibéricos. En aquellos años cruciales había que arrojarlo todo por la borda, y para arrojar por la borda la media España casposa y cutre que había dominado el país durante cuarenta años nada mejor que echarla con esa otra España fresca, irónica, innovadora, satírica y libre que, cuarenta años después de haber sido vencida, comenzaba a aflorar de nuevo por todos los rincones de este viejo solar al que algunos llaman España. Si se han dado cuenta, sigo hablando de propaganda.

He dicho.

³ Aquí me fallan la memoria y los recuerdos. No sé exactamente si *El Jueves* es anterior a *El Pápus* o viceversa. Lo que sí recuerdo es que el sucesor degeneró.